

El Rvdmo. Sean Rowe

Diócesis de Northwestern Pennsylvania

Diócesis de Western New York

En el último capítulo del evangelio de Lucas, encontramos a dos de los seguidores de Jesús en el acto de no captar el mensaje, que es, si ha leído hasta aquí en los evangelios, sabe que es prácticamente su vocación. Son expertos de la confusión. Tienen el don de nunca entender lo que está pasando. Su historia es una de mis formas favoritas para abordar dónde nos encontramos hoy en la Iglesia Episcopal.

En Lucas 24, apenas unas horas después de que las mujeres fueran al sepulcro y descubrieran que el cuerpo de Jesús no estaba allí, Cleofás y su compañero, en lugar de quedarse para averiguar qué estaba pasando, deciden salir de Jerusalén. Están yendo en la dirección equivocada, fuera de Jerusalén, lejos de los discípulos, lejos de las mujeres que habían sido las últimas en cuidar y proteger la cruz, y las primeras en llegar a la tumba vacía. Han oído la buena nueva, proclamada por los primeros en enterarse de que Cristo ha resucitado, y no pueden alejarse lo suficientemente rápido. Cleofás y su compañero han oído algo inquietante sobre personas que podrían no ser de fiar, y se ponen en camino. Se marchan. No sólo no creen la historia, sino que tampoco creen en los mensajeros de esa historia. No sólo no creen que Jesús haya resucitado, sino que no consideran realmente posible que la noticia que lo cambia todo provenga de mujeres.

Ahora bien, es fácil burlarse de ellos hasta que uno piensa en todas las formas en que los episcopales hacemos lo mismo. Nos encontramos en el camino equivocado hacia Emaús cuando no podemos escuchar la verdad de las voces marginadas. Cuando no podemos escuchar la verdad de fuentes poco probables, de personas que están al margen, de gente que piensa que realmente no tenemos ningún derecho a que se nos transmita la verdad. Cuando no podemos imaginarnos reorganizándonos a nosotros mismos o reestructurando nuestras

iglesias para dar lugar a las voces a las que Dios confía la verdad. Como Cleofás y su compañero, oímos esas voces, y nos vamos en otra dirección por la comodidad de nuestras estructuras institucionales tal como son, nuestras dotaciones, y la forma en que siempre lo hemos hecho.

Afortunadamente, Dios no se da por vencido ni con ellos ni con nosotros. Jesús se acerca a Cleofás y a su compañero, pero ellos no saben que es él. Mientras cuentan su historia de pesares, a veces realmente parecieran episcopales. Esperábamos que Jesús viniera a redimir a Israel, dicen, esperábamos. Esperábamos que nuestros hijos encontraran la fe en la Iglesia de la misma manera que nosotros la encontramos cuando éramos jóvenes. Queríamos que la receta de la escuela dominical, el campamento de la iglesia y las devociones familiares que nos habían formado a nosotros también los formara a ellos. Esperábamos que cada campaña de cuidado, defensa y justicia alcanzara su objetivo, y que cuando hiciéramos cenas de panqueques para recaudar fondos, hubiera tanta concurrencia se nos acabaran los huevos y tuviéramos que mandar a alguien a comprar más... Que todos nuestros conocidos acudieran al picnic parroquial. Que todas nuestras iglesias se llenaran en Nochebuena. Y en su defecto, esperábamos que al menos nuestros hijos crecieran en un entorno espiritual que aun reconocemos, de modo que nuestras iglesias pudieran proclamar el Evangelio de un modo que nosotros entendiéramos. Eso esperábamos.

Pero Jesús, al abrir las Escrituras y al partir el pan, les abre los ojos. Cuando se les leen las Escrituras y se parte el pan, sus ojos se abren, y esa es la cosa: Ni siquiera sabían que sus ojos estaban cerrados hasta que se abrieron.

Amigos, en los próximos nueve años en la Iglesia Episcopal, se nos presentarán muchas oportunidades para desviarnos hacia la dirección equivocada, alejándonos de las voces que Dios ha elegido para dar testimonio de la misión de Dios en este mundo quebrantado. Pero también tendremos muchas oportunidades para liberarnos del pasado, de lo que habíamos esperado, y reunir

nuestros recursos para hacer frente a los retos del futuro que no podíamos haber anticipado, que no habríamos creído posibles.

El próximo obispo presidente debe mantenernos escuchando las voces que pueden traer aires frescos y nueva luz y vida a nuestra amada Iglesia. Ayudarnos a escuchar el testimonio de las mujeres en la tumba vacía, a reconocer a Jesús en el camino, a asumir los riesgos que nos exige abrir verdaderamente los ojos, y permitirnos abrazar plenamente el conocimiento de que las personas que aún no reconocemos, las que están al margen y a veces las que están en el centro, se encontrarán con nosotros en el camino para decirnos que Cristo ha resucitado. Y nunca volveremos a ser los mismos.